SI DIOS EXISTE, ¿POR QUÉ EL MAL Y EL SUFRIMIENTO?

Felipe Santos

Málaga-julio-2008

El sufrimiento afecta a todo el mundo, sin excepción, no importa cuándo ni dónde. ¿Tiene un sentido? ¿ Es Dios verdaderamente todopoderoso, bueno y justo ?...

La mayor parte del tiempo, corremos tras distracciones diversas para escapar de los tropiezos de la vida, o nos refugiamos en el trabajo. Sobre todo, buscamos no pensar. Como si el mismo hecho de pensar en nuestra vida, en la de los demás, fuera malo.

Es que efectivamente, en grados diversos, nadie escapa del sufrimiento...

¿Por qué yo?

Cuando vivimos un drama, nos viene un pensamiento a la mente: "¿por qué yo?". Tenemos un sentimiento de injusticia. En una revista, alguien planteaba un día esta pregunta: cuando oigo hablar de un sufrimiento cualquiera en el mundo, ¿por qué no me digo nunca "por qué yo?".

Dicho de otra manera, puesto que el sufrimiento afecta a todos los seres humanos, puesto que existe desde la noche de los tiempos, puesto que ni el progreso, ni la ciencia, ni ningún sistema político o social no lo han erradicado nunca, ¿por qué extrañarse que nos suceda también a nosotros individualmente? ¿Por qué no estimarse más bien feliz cuando nuestro sufrimiento parece irrisorio en relación con lo que algunos sufren en otros rincones del globo?

Esto hace efectivamente reflexionar… De hecho, muchas personas encuentran en

este razonamiento el secreto de su felicidad.

Satisfechos y positivos, se toman la vida por el buen lado. Conocemos todas las aflicciones, pero **cada uno tiene también su parte de felicidad en la vida**. Consideremos que las cosas podrían ser peores. En muchas situaciones, eso debería ser nuestra actitud. Seríamos menos rebeldes y más amables…

Pero esta reflexión es una consolación muy mezquina cuando sufrimos profundamente. Si nos planteamos instintivamente la cuestión "¿por qué yo?", es porque todos tenemos en nosotros este pensamiento: el sufrimiento es un error. No debería existir. El mal es una anomalía. Si todavía fuéramos “castigados” cuando hacemos el mal, sería justo. Pero no. El **sufrimiento es ciego y aparentemente arbitrario**: incluso si hacemos el bien, no nos pone al abrigo del sufrimiento. No tiene aparentemente causa, y ahí radica el drama. No causa, por tanto, no remedio,

no escapatoria.

¿Puede explicarse el sufrimiento?

¿Tiene sentido el sufrimiento? Todos tenemos – y es normal- el deseo de interpretar, explicitar las cosas, es decir establecer relaciones causales, vínculos, a fin de **dar un sentido** a los acontecimientos. Las situaciones devienen así menos ilógicas; entran en un tejido de continuidad. El sufrimiento se vive como un absurdo, como una ruptura, una incoherencia en la lógica de nuestra concepción del mundo. En su esencia la **percibimos como injusto**.

En una cierta medida, cuando el sufrimiento es el indicador de una anomalía modificable, tenemos que ganar todo buscando la causa, para tratarla. El fatalismo, que consiste en aceptar toda situación difícil sin decir nada, es de auto-anihilación. El **sufrimiento no tiene nada de bueno en sí mismo, ninguna virtud curativa o punitiva.** (Felizmente, en el aspecto médico, la situación está

cambiando en relación eso. Existe hoy una medicación analgésica adecuada y eficaz).

Sin embargo, si es justo plantearse un mínimo de cuestiones, **no podemos buscar razones a todos los sufrimientos**, so pena de arriesgar caer en el negacionismo o mantener propósitos inaceptables. Así, querer explicar el dolor inmenso del holocausto, de la tortura, de una catástrofe climática o telúrica, corre el riesgo de hacernos pensar y decir no importa qué. Corremos el riesgo de tener propósitos vejatorios, humillantes, injustos o discriminatorios.

Además, el **dolor no tiene razón de ser entendido ni expresado si es demasiado explicado, demasiado racionalizado**. Llegaría a ser entonces parte integrante de las cosas normales de la vida, en lugar de ser un indicador de anomalía. No es porque sepa que tengo cáncer incurable por lo que debo encontrar mi dolor “aceptable” y no tengo ya necesidad de expresarlo.

¿Cómo hacer frente al sufrimiento?

Es posible superar su sufrimiento. **Eso no disminuirá su intensidad, pero de nuestra actitud frente a él podrán venir nuestra "liberación" y nuestro crecimiento interior.** Responder mal tendrá el efecto inverso: debilitamiento de nuestro ser y empequeñecimiento de la belleza de nuestro carácter. No que el sufrimiento sea una virtud en sí mismo. Una tal concepción oculta un cierto masoquismo místico. Pero podemos elegir reaccionar bien en relación con el dolor, para crecer, conocer, aprender, progresar. Del mal para sacar el bien.

¿Cómo? Ante todo tomando el tiempo de reflexionar y analizar lo que pasa en nosotros. Ser consciente de mí, de lo que se juega en mí, de mis miedos, de mis frustraciones: ¿y si el sufrimiento **fuera propicio para una interioridad saludable, si detrás de las tinieblas viniera la luz**?

Algunas veces, cambios felices de vida son desencadenados por una prueba terrible: como para este joven magrebí de un barrio difícil, encarcelado por su delincuencia, inconsciente de su situación, incapaz de pensar en salir de ahí. Ahora, es un músico dotado, implicado en grupos de la ciudad y en la radio. Tiene un oficio que le apasiona, un porvenir abierto ante él. ¿Cómo se ha operado esta metamorfosis? "Gracias", dice, "en el accidente" que le ocurrió. Se quedó ciego, como consecuencia de una explosión que había provocado. Podía haberse hundido más todavía en las tinieblas. Hizo un salto de trampolín para cambiar de vida. Bello ejemplo. Magnífico valor!

Los acontecimientos trágicos nos cuestionan, quebrantan nuestras ideas recibidas, dislocan las ilusiones o las creencias erróneas sobre las que descansan a veces nuestras vidas. ¿Y si

una parte de mi mal fuera de verdad, un ataque a mi orgullo, a mi egoísmo? Para el o la que se atreve a mirar la realidad de frente y cuestionarse, el “deshonor” puede devenir una chance. ¡Qué alegría habrá entonces! ¡Qué beneficio para él (ella) y para su ambiente! Así, amenazas (y solamente amenazas) de divorcio obligan a un buen número de maridos a ver de nuevo seriamente su comportamiento frente a sus cercanos. **Para el que sufre pero que sabe abrir los ojos sobre sí mismo, una nueva partida en la vida, que puede seguir.**

En fin, hablar de su plaga a alguno que otros es igualmente necesaria: leer, escuchar, buscar los consejos sabios en una voluntad de intercambio y de compartir. En el dolor, la gente se reprocha mutuamente. Es una de las consecuencias felices del sufrimiento. Esta nos remite a nuestra humanidad frágil y vulnerable. Redescubrimos que necesitamos los unos de los otros.

Comprendemos mejor a aquel que nos ponía nervioso antes, cuando comprendemos y sabemos por qué nos pasa esto. Escuchamos mejor a aquella que sufre, porque hemos sentido cómo la sola escucha comprensiva era preciosa en la prueba. **Devenimos más humanos**, es decir más transparentes, menos arrogantes, más abordables. Caen las máscaras; nuestra personalidad se enriquece con la compasión, es decir de una nueva mirada sobre los demás, de un nuevo deseo de ir hacia el otro. Nuestro egoísmo primero se borra. El sufrimiento nos lleva a amigos. ¿Y si fuera la ocasión de aprender un nuevo estilo de vida? ¿Por qué no vivir esta proximidad, estas relaciones reencontradas a través de situaciones desagradables?

El sufrimiento nos interpela sobre nuestra humanidad: somos falibles, en fin de cuentas y la existencia se pasa pronto. ¿Por qué, para quién? El sufrimiento es también quizá la ocasión de un encuentro con el Otro…

¿Dónde está Dios en el sufrimiento?

Seamos creyentes o no, la cuestión de la existencia de Dios surge en nosotros cuando pensamos en el mal. ¿Por qué? Si decimos no creer en Dios, ¿por qué interrogarnos? Y si decimos creer en Dios, ¿qué respuesta damos?

La Biblia habla de lo nuestro vivido, no lo contesta, sino más bien le da autenticidad. Grandes figuras del pasado han sufrido y expresado sus males, sus cuestiones a Dios –lo que se nos narra en la Biblia. **La fe cristiana rechaza la ilusión y las doctrinas que nos separan de la realidad de la vida** (el dolor no es una abstracción del pensamiento o no puede aniquilarse por el pensamiento). **Jesús sufre y no dice que no es nada**; ve a la gente morir y llora.

El cristianismo no hace tampoco masoquismo y se opone al concepto de "punición" tras los acontecimientos (ver por ejemplo: Lucas 13). Dios no se alegra vernos sufrir. No probamos nada a través del dolor, ni ganamos nada, contrariamente

a la idea de algunos místicos que la han vehiculado. ¿Cómo “explicar” que Jesús haya debido sufrir hambre, sed, fatiga, ser traicionado, torturado, llevado a la muerte, él, un hombre perfecto en el plano moral y que honraba a Dios?

Algunos males**, nos dice la Biblia, son desgraciadamente las consecuencias directas de nuestros actos**. "El que siembra la injusticia recoge la injusticia" (Proverbios 22,8). Así, una mala gestión económica, el desprecio de los recursos terrestres, de las elecciones políticas o sociales desgraciadas son pesadas de consecuencia. Falta nuestra. Dios no puede ser reconocido culpable. Hemos sido creados libres, lo que quiere decir – por la misma ocasión - libres de experimentar el mal que hacemos. Hay injusticia en la tierra, pero porque la humanidad no está hecha de entidades independientes las unas de las otras.

Quizá deberíamos reflexionar más en la presencia del mal en

nosotros y admitirlo en fin,
En lugar de negarlo o ignorarlo. Sólo tomando el toro por los cuernos se gestionan las situaciones graves y se previenen las catástrofes. Nos toca sacar las lecciones de la vida y aprender a ser más sabios y menos egoístas.

Sin embargo, **otras tragedias quedan inexplicables** : las enfermedades (que comportan a veces bebés), los desastres climáticos o terrestres (hambre, tempestades, terremotos…). ¿Por qué tienen lugar? **La Biblia se queda silenciosa a este respecto**. Dios no nos revela la explicación.

¿Por qué? Porque Dios, en su soberanía, ha fijado ahí el límite en nuestro saber. En efecto, querer dar un por qué al sufrimiento, al mal, es ser finalmente como Dios, conocer todo. Si pudiera explicar el sufrimiento, podría también explicarme a Dios. Eso significaría que Dios es a mi medida. Controlaría todo yo mismo. Pero lo propio del ser humano es ser finito**, frágil y limitado**.

Por otra parte, no puedo comprenderme a mí mismo totalmente.

Sin embargo, **Dios no es indiferente a lo que me sucede**. En la cruz, Jesús se identifica plenamente con mi condición. Es en el seno mismo de esta condición donde él se me revela. Entonces, en la medida en que acepte la incomprensión, puedo entender la compasión real de Jesús y la solución que me propone.

Pues Dios tiene una respuesta para nuestro sufrimiento. Pero no se plantea en términos explicativos y racionales. **La respuesta divina al sufrimiento, es una compasión y una consolación verdadera**, que provienen de una identificación y de una esperanza que serán realidad. Dios me comprende, me escucha, tiene empatía conmigo. Sabe lo que sufro, conoce la profundidad de mi dolor, porque él lo ha experimentado. Pues este Dios tan infinito se hizo hombre un día, con todos los límites y las debilidades que eso comporta.

Para identificarse a nosotros y comprender plenamente nuestro sufrimiento
, en Jesucristo**, eligió vivir plenamente nuestra tragedia**. No desvela el origen del mal, pero se ofrece él mismo como respuesta a este problema. Al morir en la cruz, Dios hizo recaer sobre él todo el mal de la tierra, de todos los tiempos: "Son nuestros sufrimientos los que él ha llevado; ha cargado con nuestros dolores… Fue herido por nuestros pecados, quebrantado por nuestras iniquidades… Se entregó a la muerte porque ha llevado los pecados de muchos hombres y ha intercedido por los culpables" (Isaías 53).

Así, puedo conocer a Dios a través de mi sufrimiento y mis necesidades, con la condición que se los exprese. También ahí se revela. El sufrimiento plenamente reconocido da lugar al otros y al OTRO**.** Desde el momento cuando entiendo en su justo valor las frases de Jesús: "bienaventurados los que lloran porque serán consolados” (Mt 5.4).

Los que aceptan llorar, decir su incomprensión y su rebeldía frente al mal, y decirlo al Señor anhelando su presencia, pueden descubrir Su consuelo. Fue la experiencia de Job, el gigante de la fe en el Antiguo Testamento. Pero los que no lloran, que se resisten a Dios, que quieren explicarlo todo, no conocen esta consolación.

Dios nos promete que habrá, tras la muerte, un más allá desprovisto de sufrimiento, sin mal, para lo que se confíen a él. El creyente que experimenta una relación viva con Dios, tiene en el fondo de él mismo una firme seguridad de este futuro feliz: "Ojalá pueda vivir un cielo nuevo y una nueva tierra…El mismo Dios estará con ellos. Enjugará toda lágrima de sus ojos y la muerte ya no existirá. No habrá ya más llanto, ni gritos, ni dolores pues las primeras cosas han desaparecido" (Apocalipsis 21,1,3-4) ; "Felices los que tienen hambre y sed de justicia, pues serán saciados" (Jn 5,6).

Esta narración idílica puede parecer utópica. Sin embargo, **Dios da la certeza de su realidad a todos los que confían su vida**, hasta el punto que decía Pablo: "marchamos por la fe y no por la vista, pero estamos llenos de confianza y nos place mejor dejar este cuerpo y permanecer cerca del Señor (2 Cor 5,7-8).
Esta seguridad es, para cualquiera que pase por momentos difíciles, **un gran consuelo que ayude a atravesar la prueba y salir de ella engrandecido**. La esperanza hace vivir, se dice. Dios da a los que vienen a él más que una esperanza: una convicción que aporta una alegría y una paz profunda en el seno de la tempestad.